

Introducción

Eclesiastés es un libro extrañamente fascinante. Su aparente provisión inagotable de “dichos” o aforismos citados y citables cautiva las mentes de aquellos para quienes los tópicos moralistas proveen las únicas certezas. La reserva de frases del libro se halla por todas partes, entre una diversidad de autores, en varios contextos literarios y para los propósitos más diversos. Uno encuentra referencias de ellas en obras de historia, psicología, filosofía, teoría social y en novelas, para mencionar unas pocas. En pocas palabras, los dichos pintorescos del libro de Eclesiastés son ampliamente conocidos para nuestras elites culturales modernas y entre varios literatos, y no son el privilegio exclusivo de teólogos y eruditos Bíblicos, o incluso de escritores con intereses exclusivamente éticos. Sus lacónicas expresiones – como siguiendo una fórmula – se prestan fácilmente para los pronunciamientos proverbiales y los axiomas moralizantes. Donde no son reproducidos al pie de la letra, a menudo parecen comunicar, en palabras aproximadas, lo fundamental de lo que quieren dar a entender. ¡Cuán conocidos son! ¡Y con cuánta facilidad los recordamos! – “Vanidad de vanidades, todo es vanidad,” “No hay nada nuevo bajo el sol,” “Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor,” “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora,” “lo que sucede a los hijos de los hombres, y lo que sucede a las bestias, un mismo suceso es,” “Cordón de tres dobleces no se rompe fácilmente,” “Todos los esfuerzos del hombre son para su boca, sin embargo su apetito nunca se sacia,” “Los bienes aumentan, y también aquellos que los consumen,” “Echa tu pan sobre las aguas, y después de muchos días lo encontrarás,” “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud,” “No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio es fatiga de la carne” – la lista parece interminable. Aún así, a pesar de nuestra familiaridad con los ingeniosos aforismos de Eclesiastés, el libro como un todo permanece en un misterio incomprensible – ¡un enorme acertijo justo en medio de la Sagrada Escritura! En el peor de los casos, es el estridente estado mórbido de un hombre tremendamente negativo y pesimista – un hombre para quien con certeza es “mejor el día de la muerte que el día del nacimiento.” (7:1)

Para muchos Cristianos este aparente negativismo del libro de Eclesiastés es especialmente problemático. Como resultado, como los proveedores del moralismo moderno en general, cuando dejan de moralizar a partir del libro – no sabiendo de todas formas qué hacer con él – generalmente lo evitan del todo. La explicación para este estado de cosas no es difícil de encontrar. Brota de la preconcepción que muchos Cristianos tienen de lo que el mensaje del “evangelio” contiene, y en sus mentes el libro de Eclesiastés no transmite ese mismo mensaje. Sin embargo, el problema va mucho más profundo que esto, pues el concepto del evangelio en las mentes de muchas personas parece ser uno muy humanista. Su noble contenido se ha convertido en un mensaje centrado en el hombre y subjetivista y centrado en la experiencia en su naturaleza. Las formas sensibleras de amor y de buenos sentimientos han llegado a sustituir la imponente sustancia de la fe Cristiana. El interés

principal se centra en el hombre y sus necesidades antes que en Dios y Su voluntad. Y cuando hablamos de las necesidades del hombre en realidad queremos decir los “deseos” del hombre. Con esta actitud característica a duras penas vacilamos en demandar que la Escritura llene nuestra satisfacción por encima de todo lo demás. Una vez que vemos nuestra experiencia personal como primordial, el contenido del “evangelio” está destinado a convertirse nada más que en un medio para gratificar esa experiencia. No importa que pueda incluso ser visto como el medio “más alto,” es exclusivamente su “utilidad” para nuestra experiencia lo que realmente cuenta.

Cuando nuestra experiencia es medida por nuestras percepciones, y no por lo que Dios nos dice que debería ser, esto estipula cómo nos acercamos a la Escritura como un todo. De manera inevitable colocamos condiciones con respecto a lo que pensamos que debe decir. Los Cristianos han llegado a insistir en que la Palabra de Dios debiese ser inmediatamente “práctica,” i.e., un elixir apropiado para alimentar la auto-estima, un tónico para el tedio emocional y para los sentimientos de aburrimiento y alineación, un narcótico oportuno para las irritaciones de la moderna existencia masificada. Oh sí, la Palabra de Dios también contiene doctrina. Eso es importante hasta cierto punto, pero uno no debería darle demasiada importancia a esto. Además, la doctrina es tan controversial. Parece que dos personas no pueden estar de acuerdo en todos los detalles de la doctrina. El interés por la verdad es algo intelectualista y vanidoso. ¿Qué bien hace, entonces? No sirve para ningún propósito útil. ¿No es mejor concentrar toda nuestra atención en aquellos asuntos “prácticos” que son rasgos comunes de la experiencia de todas las personas en estos días? Quizá esto no parecería tan censurable como lo sería si le permitiésemos a la Biblia decirnos qué es lo que es práctico que los hombres hagan. Pero en nuestra cultura narcisista tenemos nuestras propias ideas, y es mejor que la Escritura se conforme a *nuestra* idea de lo que es práctico. Así, si no podemos discernir inmediatamente la practicidad de una porción de la Escritura la pasamos por alto en silencio o la interpretamos como para complacer nuestro sentido previo de lo que es útil. Quizá ningún libro de la Escritura ha sido tratado de esta manera más que Eclesiastés.

Eclesiastés no dice nada del “amor de Dios.” Guarda silencio sobre Su compasión y simpatía por los seres humanos lastimados y aquejados de problemas. Carece de toda indulgencia por nuestra sensiblera auto-preocupación actual. En lugar de ser cálido, motivador y positivo su mensaje es frío, riguroso y negativo. ¿Cómo podría ser posible que algo que es tan insensible a nuestras necesidades emocionales y psicológicas predefinidas tenga algo útil que decir? No sorprende que, mientras los Cristianos puede que le otorguen un lugar en sus Biblias, apenas encuentran espacio para él en sus corazones y en sus mentes. Para la mayoría sigue siendo un libro cerrado.

El problema en entender el Eclesiastés y discernir su importancia en la Escritura tiene raíces profundas y es altamente penetrante. Brota del fracaso más general de entender la Palabra de Dios como un todo, que ella comunica un mensaje exhaustivo e integral al hombre en la totalidad de su experiencia en la creación y su existencia en el mundo. No obstante, aunque la Biblia le habla al hombre, su contenido es principalmente acerca de Dios. a quien el hombre debe finalmente dar cuentas. La Biblia provee la explicación para la existencia del hombre, ella interpreta la totalidad de la vida. Dice que el hombre fue creado para servir y glorificar a Dios y disfrutar de Dios para siempre. Ese es el propósito

del hombre; eso es de lo que trata toda su vida. Todo lo que él es y hace debiese estar arraigado y brotar de ese propósito. Dios se había propuesto que el hombre, en cada aspecto de su ser, realizara las implicaciones de esto, su razón principal de ser.

La Biblia es la palabra pactal de Dios al hombre, sobre quien Él afirma soberanía y autoridad absolutas. Habla de la rebelión del hombre contra Dios, y cómo, como resultado, la vida del hombre ha sido maldecida; que el sufrimiento y la muerte son la pena que justamente ha merecido por su desobediencia. A pesar de esto, y debido a que el juicio de Dios ha sido demorado, el hombre prosigue, de manera confiada, erigiendo su cultura y civilización en una actitud de hostilidad hacia Dios y con desprecio por el propósito original de Dios para el hombre. En lugar de edificar el Reino de Dios para la gloria de Dios, el hombre ahora busca edificar el reino del hombre para la gloria del hombre. Es una triste y profunda ilusión, pues la maldición de Dios sobre su vida va a frustrar cualquier intento por parte del hombre rebelde de conseguir algo de verdadero valor. Es inútil luchar contra Dios. Aún así, el hombre, con porfía y de manera tonta, persiste en su pecaminosa rebelión. Es ciego a la imposibilidad de que su rebelión pueda tener éxito. Esta tontería y estupidez del hombre es el gran contenido de la “literatura sapiencial” de la Escritura, más especialmente del Eclesiastés. Uno de los principales intereses de esta “literatura de sabiduría,” y ciertamente del Eclesiastés, es desengañar al hombre pecaminoso de toda posibilidad de que su vida pueda ser fructífera de cualquier cosa que tenga importancia duradera – de allí la afirmación repetida del libro de que “todo es vanidad y un perseguir el viento.” Aparte de Dios eso es todo lo que esta vida puede ser.

Con el propósito de destruir exitosamente la creencia del hombre en sí mismo y sus esfuerzos *aparte de Dios*, la “literatura de sabiduría” – Eclesiastés en particular – profiere un mensaje poderosamente negativo. El porqué esto es así puede quizá entenderse a partir de un comentario de C. Van Til: “en este mundo de pecado ningún Cristiano individual y ninguna organización Cristiana, pueden ser positivos y constructivos sino hasta *después* que hayan sido negativos y destructivos. Negar o ignorar este hecho es negar o ignorar el hecho del pecado.”¹ El negativismo y el pesimismo de Eclesiastés están dirigidos a la noción humanista y a la confianza total que el hombre tiene en su vida y acciones. Toma muy seriamente el hecho del pecado. La sabiduría de Dios estropea la sabiduría supuestamente autónoma del hombre pecaminoso. Echa abajo la auto-seguridad con la que el hombre secular acaricia todos sus ideales. Eclesiastés es un descrédito implacable del hombre humanista, el hombre en rebelión contra Dios, y todo lo que su vida representa. Presenta la aseveración clara de que la palabra-ley de Dios es la suma y sustancia de la verdadera sabiduría. Su “evangelio” proclama que la obediencia a ella “es el todo del hombre” (12:13). Cualquier cosa menor es “sin sentido,” pues el fin del hombre es muerte y juicio. Todo lo que haya hecho será evaluado por su fidelidad a la palabra-ley de Dios. Si fracasa, habrá trabajado verdaderamente “en vano.” Eclesiastés contiene un mensaje que los Cristianos también necesitan seriamente tomar en consideración. Pues Eclesiastés también ofrece una solemne advertencia contra la tentación de dejar los senderos de la justicia y seguir los caminos de la sabiduría mundana, que son los caminos de la vanidad, el sin sentido y la muerte.

¹ Cornelius Van Til, *Ensayos sobre la Educación Cristiana*, (Phillipsburg: Presbyterian and Reformed Publishing Co., 1979), p. 187.

En Eclesiastés el asunto se presenta como una crisis entre los caminos del hombre y el camino de Dios. El resultado de su confrontación no está en duda. La declaración de “vanidad de vanidades” no es meramente un asunto de convicción personal por parte del autor; es el veredicto que él, bajo la orientación e inspiración del Espíritu Santo, pronuncia contra la sabiduría supuestamente autónoma del hombre caído. Eclesiastés mina cualquier apoyo con el que podamos contar que no tome en consideración a Dios y Su Palabra soberana. Su mensaje es un mensaje vital para nuestro tiempo.

Copyright © 1993 Michael W. Kelley